culpa, y no hubiera sido la causa de daño tan grande a nuestra salvación, no nos habría dado al Verbo de su Hijo unigénito, del que quiso hacer yunque, castigando nuestras culpas en su cuerpo. Quiso que de este modo se hiciese justicia por la culpa cometida. Tampoco el Hijo habría dado con la vida el precio de la sangre con tanto fuego de amor, haciendo de ella un baño y lavando la lepra de nuestros pecados. Lo hizo por gracia y misericordia y no por deber. Es, por tanto, cierto que en la sangre descubrimos el fastidio y la gravedad del pecado, pues El corre con pronta obediencia y con verdadera humildad a la afrentosa muerte en la cruz.

Digo, pues, que este es el modo de adquirir la perseverancia y de resistir a los combates de los hombres y del demonio, esto es, por la luz de la fe y por el verdadero conocimiento de nosotros, por lo cual nos humillaremos. De este conocimiento pasaremos al odio completo de nuestra sensualidad, y será el hombre quien haga justicia de la culpa propia. Así sufrirá con paciencia toda injuria, tormento, escarnio, villanía, mandatos indiscretos, trabajos de la Orden y cualquier combate, venga de donde viniere. De ese modo gustará el fruto de la misericordia divina, que ha encontrado por el afecto de amor y visto con el ojo del entendimiento.

No quiero, pues, hijo carísimo, que caigais en negligencia ni que falte en vos el santo conocimiento, ni que cerreis el ojo del entendimiento para contemplar esta gloriosa sangre. Si no os elevais a esa consideración, caereis en gran ignorancia y desconocereis la verdad. Con el ojo lleno de cataratas, os equivocareis, buscando el deleite y el placer en las criaturas. Algunas veces se comienza a amarlas con pretexto de amor espiritual. No se preocupa de las virtudes ni las practica; no conoce la verdad ni pone el entendimiento en la sangre de Cristo crucificado; por lo cual se convierte meramente en sensitivo. Cuando el demonio le ha llevado adonde quería, es decir, le ha hecho comenzar el trato con las criaturas, bajo la apariencia de espiritual, y a dejar la práctica de la oración, el

deseo de las virtudes y el conocimiento de la verdad, enseguida le infunde el tedio y la tristeza acompañados de desesperación, a la vez que quiere apartarse del yugo de la obediencia y abandonar el jardín de la Orden en que había probado tantos frutos suaves y dulces antes de perder el gusto del santo deseo durante el dulce tiempo en que los trabajos y observancias de la Orden le parecían de gran suavidad. Veis, pues, cuánto mal puede venir de esto.

Quiero, por eso, que en cuanto podais, os dediqueis a soportarlo todo para que por medio de este deseo no so suceda esto por causa alguna. Nunca llegue vuestro espíritu a la turbación, sino elevad la mirada a la sangre y tened una amplia y dulce confianza, poniendo como remedio el apartarse de lo que impide la verdad. Entonces el alma recibirá un grandísimo don de Dios y comenzará a recoger el fruto de sus trabajos, recibiendo la abundancia de la caridad. Huid, pues, carísimo hermano, a la celda del conocimiento de vos mismo, abrazando el madero de la santísima cruz, bañándoos en la sangre del humilde e inmaculado Cordero, apartándoos del trato que resulte nocivo a nuestra salvación. No se os ocurra decir: «¿qué parecerá si me aparto de las criaturas? ¿Les desagradará y lo tomarán a mal?». No lo dejeis por eso, pues hemos sido creados para agradar al Creador y no a las criaturas. Sabed que ante el sumo Juez nadie abogará por vos en el momento de la muerte sino la virtud y la misericordia divina. ¡Qué necesaria nos es la virtud! Sin ella no podemos vivir la vida de la gracia. Por eso os dije que deseaba veros constante y perseverante en la virtud hasta la muerte. Así, no volvais la mirada atrás por razón alguna. Confío en la bondad divina que lo hareis, como corresponde al verdadero hijo. Así cumplireis lo que estais obligado y mi deseo. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

ENTREGA TOTAL A DIOS

A la Abadesa y monjas de San Pedro.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimas hijas en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros siervas y esposas, y que de tal modo sigais sus huellas, que prefirais la muerte a transgredir sus dulces mandamientos y consejos, como lo habeis prometido.

¡Cuán dulce y suave es la esposa consagrada a Cristo que sigue el camino y la doctrina del Espíritu Santo! ¿Cuál es ese camino y esa doctrina? No otra cosa que el amor, porque las virtudes son fruto del amor. Su doctrina no son la soberbia, la desobediencia, el amor propio, los honores, posición social en el mundo, el gusto o el deleite corporal. No se debe uno amar en razón de sí mismo sino..., puesto que El nos ha amado y dado su vida por nosotros con amor tan ardiente para nuestro provecho; también esto, es profunda y verdadera humildad. ¿Se ha dado alguna vez tan gran humildad como ver a Dios rebajado a ser hombre; que la suma grandeza descienda tan abajo como lo está nuestra humanidad? El es obediente hasta la afrentosa muerte de cruz; paciente, con tal mansedumbre que no se le ha oído proferir protesta alguna. Eligió la pobreza voluntaria el que era suma y eterna riqueza, hasta el punto de que María no tuvo pañales para envolverlo y, al final, al morir desnudo en la cruz, no tuvo donde apoyar su cabeza. Este dulce y enamorado Verbo fue saturado de sufrimientos y vestido de oprobios, deleitándose en las injurias, escarnios y villanías, sufriendo hambre y sed el que sacia a todo hambriento con tanto fuego y deleite de amor. El es el dulce Dios que no necesita de nosotros. En su trabajo por nuestra salvación no ha aflojado sino que ha perseverado sin dejarlo, a pesar

de nuestra ignorancia, ingratitud o clamor de los judíos, que le gritaban que bajara de la cruz. No dejó cosa que favoreciese nuestra salvación.

Esta es, pues, la doctrina y el camino que ha ofrecido. Todo lo contrario hacemos nosotras, miserables, llenas de defectos, no verdaderas esposas, sino adúlteras. Buscamos deleites, placeres, amor sensible, amor propio, del que nace la discordia y la desobediencia. La celda se ha convertido en enemigo, el trato con los seglares, y con los que viven aseglaradamente, se nos hace familiar. Queremos abundar y no escasear en bienes temporales, pareciéndonos que pasamos necesidad si no tenemos siempre en abundancia. Nos alejamos del amor al Creador, abandonamos a la madre oración. Muchas veces, al hacerla, caemos en el tedio, porque a quien no ama cualquier pequeño sufrimiento le parece grande para soportarlo. Lo que es posible, parece imposible de realizar. Todo esto viene del amor propio que procede de la soberbia, y ésta nace del amor propio, fundada en la mucha ingratitud, ignorancia y negligencia en las santas y buenas obras.

No quiero, hijas queridísimas, que esto os ocurra a vosotras, sino que, como verdaderas esposas, sigais las huellas del esposo, ya que de otro modo no podreis cumplir lo prometido,incluso con voto, es decir, la pobreza, obediencia y continencia. Bien sabeis que en la profesión disteis al eterno esposo la libertad como dote, pues la hicisteis con libertad de corazón. Son las tres columnas que sostienen la ciudad de nuestra alma e impiden que se arruine. Sin ellas pronto se viene abajo. Debe, por tanto, ser la esposa voluntariamente pobre por amor a Cristo crucificado, que le ha enseñado el camino.

La pobreza es la riqueza y la gloria de las religiosas, y una gran vergüenza el que ellas tengan de qué regalar. ¿Sabeis cuanto mal nace de aquí? Quien falla en esto fallará en lo demás, porque la que pone su afecto en poseer y no se une a las demás hermanas (como vosotras debeis vivir, o sea, en común, y poseyendo tanto la superior como la inferior, y ésta tanto como aquella) caerá en la

falta de continencia espiritual o material. Cae en la desobediencia porque no obedece a la Orden, ni quiere ser corregida por el prelado. Traspasa lo que ha prometido. De ahí el trato con los que viven desordenadamente, sean seglares o religiosos, hombres o mujeres. Ese trato no tiene su base en Dios, sino que viene de algún obsequio, deleite o placer que en ellos encuentre, y es tan grande ese amor y amistad cuanto lo es el obsequio o el deleite. Por eso os digo que no poseais, que no tengais de qué dar porque, no teniendo, os vereis libres de todo género de familiaridad.

Desaparecida la familiaridad, no hay materia para distraer el espíritu ni para caer en la inmundicia corporal o espiritual, sino que se advertirá que se quiere el trato con Cristo crucificado y con sus dulcísimos servidores, amando a éstos por causa de Cristo y por amor a la virtud y no por propio provecho. Así (la religiosa) consigue un deseo y hambre de virtud que parece no se puede saciar. Como ve que la madre y la fuente, la oración, trae la vida de la gracia y el tesoro de las virtudes, se aparta del trato con los hombres, huye y vuelve a la celda buscando a su esposo y abrazándose con El en el madero de la santísima cruz. Allí se baña en lágrimas y sudores y se embriaga con la sangre del inmaculado cordero sacrificado. Se alimenta de suspiros que exhala por causa de sus dulces y enardecidos deseos. Así es, pues, la verdadera y real esposa, la que sigue al esposo de veras. Como Cristo bendito (se ha dicho ya), por ningún sufrimiento deja de trabajar por nuestra salvación, así la esposa no debe dejar de hacerlo de continuo por el honor de Dios, por sufrimientos, trabajos, hambre o sed o cualquiera otra necesidad. Responda y diga dulcemente a la propia molicie de su cuerpo: «Hazte fuerte, alma mía, que lo que te falta aquí abajo te hace adelantar para la vida eterna». No deje las buenas obras, junto con los santos deseos, por tentación del demonio, fragilidad de la carne o perversos consejeros del demonio, que son peor que los judíos, pues muchas veces dicen: «baja de la cruz de la penitencia y de la vida ordenada». No se debe abandonar el servicio al prójimo ni el

buscar su salvación, bien por ingratitud, bien por ignorancia en no reconocerlo. No se debe abandonar, porque si así se hiciera, parecería que se buscaba su retribución y no la de Dios. Eso no se debe hacer, sino preferir la muerte.

Carísimas hijas: soportad pacientemente unas los defectos de las otras, sufriendo por amor. Así estareis unidas con el lazo de la caridad, lazo tan fuerte que ni el demonio ni criatura alguna logrará separarnos a unas de las otras, si vosotras no lo quereis. Sed obedientes hasta la muerte, a fin de ser verdaderas esposas y de que, cuando el esposo os llame a la hora de la muerte tengais la lámpara llena y no vacía, como vírgenes prudentes y no necias. Vuestro corazón debe ser igual que una lámpara llena de aceite. Debe poseer la luz del conocimiento de vosotras mismas y de la bondad de Dios con vosotras, porque ese conocimiento es luz y fuego de caridad, alimentada y encendida con el aceite de la verdadera y profunda humildad. Una vez que la lámpara está abastecida, hay que tenerla en la mano con una santa y verdadera intención puesta en Dios, es decir, en la mano del santo temor, el cual ha de regular nuestro afecto y deseo. No hablo del temor servil sino del santo temor, de modo que por ninguna razón quiera ofender a la suma y eterna bondad de Dios. Toda criatura racional posee esta lámpara, porque el corazón del hombre es una lámpara. Ella está bien si la mano del santo temor la mantiene derecha y provista; pero si se halla en mano del temor servil, se vuelca, porque sirve y ama con amor propio, en razón del propio deleite y no del amor a Dios. Así se apaga la luz y se derrama el aceite, porque no ve la luz de la caridad y no tiene aceite de verdadera humildad. Esas son aquellas vírgenes de las que dijo nuestro Salvador: «No os conozco ni sé quiénes sois». Por eso quiero que seais fuertes y prudentes. Sostened vuestro corazón y haced que esta lámpara esté derecha. Como la lámpara es estrecha por el pie y ancha de cabeza, así el corazón y el afecto deben ser estrechos al mundo y a todo deleite, vanidad, delicias, pla-

cer y alegría propia. Debe ser ancho de cabeza, o sea, que el corazón, el alma y el afecto descansen plenamente y estén en Cristo crucificado. Vestíos de sufrimientos y de oprobios por su causa. Uníos y amaos mutuamente.

Vos, señora abadesa, sed madre y pastor de modo que, si es preciso, expongais la vida por vuestras hijas. Apartadlas de la vida particular y del trato con el mundo, cosas que son la muerte de las almas y la destrucción de toda perfección. Esforzaos para que en vuestro trato seais espejo de virtud, a fin de que ésta amoneste más que las palabras. Bañaos en la sangre de Cristo crucificado. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

RECOMIENDA MUY ENCARECIDAMENTE LA OBEDIENCIA

A Fray Felipe Vannuccio y a Fray Nicolás de Pedro.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimos hijos en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundados en la verdadera y perfecta paciencia, porque sin ella no sereis agradables a Dios ni soportareis el yugo de la santa obediencia sino que, con impaciencia, os rebelareis contra vuestro prelado y vuestra Orden. La paciencia no se da sino al que se halla en caridad perfecta, por lo cual, el que ama, pierde la apatía que parece que tiene para sobrellevar las costumbres de la Orden y las pesadas obediencias, algunas veces indiscretas. Pero una vez que, por causa del amor, desaparece esa apatía y se llevan con pa-

ciencia, bien pronto se convierte en obediente. Es humilde en tal grado que nunca levanta la cabeza contra su prelado movido por la soberbia. Será tan humilde como obediente y tan obediente como humilde. ¡Cuán dulce es, carísimos hijos, esta dulce virtud de la obediencia. Ella quita toda fatiga por hallarse fundada en la caridad, y ésta no se da sin la paciencia y la humildad. Esta es ama y nodriza de la caridad. Pero veamos el fruto de la virtud de la obediencia: si es o no fruto de vida y qué se sigue de la desobediencia.

Toda criatura racional, hijos carísimos, debe obedecer los mandamientos de Dios. Por la obediencia se evita la culpa del pecado mortal y se recibe la vida de la gracia. Evita el pecado mortal y no se cae en él, porque se observan los mandamientos de la ley. Con la desobediencia se ofende, porque se quebranta lo mandado y, se ejecuta lo prohibido. Por ello viene la muerte y se elige pronto lo que Cristo evitó y se evita lo que Cristo eligió. Cristo huyó de los deleites y prosperidades del mundo; el obediente las busca, poniendo su alma en manos de los demonios para poder conseguir y cumplir con sus desordenados deseos. Huye de lo que el Hijo de Dios abrazó, esto es, de escarnios, tormentos, vituperios. El sufrió con paciencia hasta la oprobiosa muerte de cruz. Lo hizo con tal humildad que no se le oyó una palabra de queja sino que aguantó hasta la muerte por cumplir con la obediencia del Padre y por nuestra salvación. El obediente sigue las huellas de este dulce y amoroso Verbo y busca el honor y la salvación de las almas. Veis, pues, que toda criatura racional debe soportar el yugo de la obediencia si quiere la vida de la gracia.

Tened en cuenta, sin embargo, que ésta es la obediencia general a que cada uno está comúnmente obligado. Hay otra que es particular: la que tienen los que, observados los mandamientos, siguen los consejos, con ánimo de caminar material y espiritualmente por el camino de la perfección. Son los que entran en el jardín de una Orden santa. A quien ha observado la obediencia general, y de

ésta ha pasado a la particular, le será fácil obedecer a la Orden y al prelado. Por lo cual, si ha pasado con la voluntad muerta, como debe, goza y siente dulzura en sus amarguras y en el tiempo del combate gusta de la paz y navega con valor por el mar tempestuoso, ya que el viento de la obediencia lleva al alma, dentro de la navecilla de la Orden, a tanta seguridad que ningún viento contrario que venga puede impedírselo. No lo consigue el viento de la soberbia, porque es humilde, ya que de otro modo no sería obediente; ni la impaciencia, porque ama y se ha sometido a la Orden y al prelado por amor, y no sólo al prelado sino a toda criatura por Dios. La paciencia es la medida de la caridad, por ello no le puede herir el viento de la infidelidad y ni el de la injusticia, puesto que da a cada uno lo que debe. Por eso tiene odio y desagrado a sí mismo y a los sentidos. Si el freno de la razón no contuviese a los sentidos, renegaría de la obediencia. Da gloria a Dios, alaba a su nombre y al prójimo le otorga benevolencia, llevando y soportando sus defectos. Como a la fe siguen las obras, de ahí que espere con viva fe ir al fin de su vida a la vida duradera, como le prometió el prelado en su profesión. Porque El le promete la vida eterna, si de veras observa los tres votos principales, es decir, la obediencia, continencia y pobreza voluntaria, los cuales guarda el verdadero obediente. Esta navecilla va tan derecha al puerto de la vida eterna con el voto de obediencia que nunca tropieza con un escollo.

Muchos son los escollos en el mar de esta tempestuosa vida. Tropezaríamos con ellos si no se diese el próspero viento de la obediencia. ¡Qué escollo tan duro es el de los ataques de los demonios! Nunca duermen, queriendo asediar al alma por los modos más diversos, con variados y feos pensamientos, y más cuando el alma quiere estrechar y abrazar el viento de la obediencia con humilde oración (esta es el pecho al que se alimentan los hijos de la virtud). Lo hace sólo por molestarla. La maldad del demonio trabaja únicamente por llevarla al tedio en la oración y en la santa obediencia, como queriendo infundir en

nuestro corazón la idea de la imposibilidad de perseverar en lo comenzado, de sufrir las observancias de la Orden. Una paja se le hace una viga, y una palabra pronunciada en el momento de los combates le parecerá un puñal, diciéndole: «¿qué haces con tantos sufrimientos? Te es mejor tomar otro camino». No es esta una gran tentación para quien tiene algo de entendimiento, porque comprende perfectamente que para su alma es mejor perseverar en la virtud comenzada. Le acosa con otra tentación, bajo la apariencia de odio y del conocimiento de sus defectos y del puro servicio que le parece debe prestar a su Creador; y le dice a su espíritu: «¡Oh miserable! Debes hacer tus ejercicios y oraciones con sencillez, con pureza de espíritu y simplicidad de corazón, sin otra finalidad; y tú haces todo lo contrario. Así no obras como debes y tus obras no son gratas a Dios. Por lo tanto, te es mejor dejarlas estar». Esta, amadísimos hijos, es una tentación oculta, porque primero nos manifiesta la verdad de lo que debemos hacer y conocer cuando lo pongamos por obra; pero os combate, por detrás con la mentira, que engendra el veneno de la turbación. Conseguida ésta, se pierde la práctica de las buenas obras y, abandonada ésta, queda uno inclinado a caer en la miseria y, finalmente, en la desesperación. De este modo sigue adelante y llega muy lejos el demonio con las sutiles argucias, es decir, para atraparlo en ellas, aunque no crea que del primer embite haya de caer en esos pensamientos, esto es, que los consentirá. ¿Quién vence y hiere en esta dificultad? Sólo el obediente, por ser humilde. El pasa y rompe todas las trampas del demonio. Veis cómo el obediente no tiene que temer con temor servil por causa de un pensamiento o molestia del demonio. Tened, pues, firme la voluntad, de modo que no consintais, anegándola en la sangre de Cristo crucificado y sujetándola con la luz de la verdadera obediencia por amor y reverencia al Verbo, Hijo unigénito de Dios.

Se tropieza también con el escollo de la frágil y miserable carne que lucha contra el espíritu. Ella se encuentra revestida del amor sensible, que peca, porque la carne lle-

va siempre en sí la rebeldía, y algunas veces se corrompe. No habrá, sin embargo, ofensa sino cuando la voluntad, unida al amor propio sensitivo, consiente a la fragilidad de la carne, o cuando se deleita en la corrupción. Si la voluntad está muerta al amor sensible y al propio deleite, y se halla unida a la obediencia, como se ha dicho, no le pueden hacer daño todas las rebeldías juntas, ni estorbar a la navecilla; antes bien, crece y toma fuerza con el viento para correr más veloz hacia su fin. Algunas veces el alma que se siente combatida, se levanta del sueño de la negligencia con odio, conocimiento de sí misma y con verdadera humildad. Si no fuera así, dormiría en la negligencia con gran importancia y presunción, y ésta favorecería a la soberbia al igual que por el combate se hace más humilde. Por eso dijimos que será tan obediente como sea humilde. Por tanto, si la humildad crece, también la obediencia. Veis pues, que corre más velozmente.

He aquí el escollo del mundo. Este, como embaucador, se presenta todo florido, con muchos deleites, prosperidad y grandezas, no obstante que lleva en sí continuas amarguras y carece de firmeza y estabilidad. Todos sus deleites y complacencias fallan pronto, como la belleza de la flor que, cuando se corta en el campo, aparece a la vista hermosa y fragante y, una vez cortada, pierde su hermosura y perfume, convirtiéndose en nada. La belleza y la prosperidad del mundo se parecen a una flor: en cuanto el afecto del alma las toma con amor desordenado, las encuentra vacías, sin hermosura alguna y perdido el perfume que en ellas había. Las almas tienen fragancia por haber salido de la mente de Dios, pero desaparece rápidamente de las que son tomadas y poseídas por el amor desordenado. Esto no es por defecto de las cosas ni del Creador, sino del que las toma, ya que nos las ha dejado en el lugar en que deben estar, esto es, amándolas para la gloria y alabanza del nombre de Dios. ¿Quién evita este escollo? El obediente, por la observancia de la pobreza voluntaria.

Veis, pues, que no hay que temer a escollo alguno si

se tiene el viento de la verdadera obediencia. El obediente se deleita porque no navega remando con los propios brazos sino con los de la Orden. No tiene sentimiento aflictivo, por haber dado muerte a la voluntad propia que se lo causa, ya que todo sufrimiento lo es en cuanto que así le parece a la voluntad. Por no tener voluntad, al obediente se le convierte el sufrimiento en deleite, los suspiros en alimento y las lágrimas en bebida. Poniéndose a los pechos de la caridad divina, siguiendo sus huellas y doctrina de veras, extrae la leche de la dulzura divina. ¡Oh obediencia, que siempre estás unida en la paz y en la obediencia del Verbo! Eres reina coronada de fortaleza; llevas el cetro de la larga perseverancia; si tienes en el regazo las flores de las verdaderas y reales virtudes; haces gustar al hombre el bien inmortal cuando es aun mortal; siendo de naturaleza humana lo haces angelical, aunque sea terreno. Tú pacificas y unes a los que se hallan en desorden. Quien te posee se somete a los más inferiores y cuanto se hace más sumiso, se convierte más en señor, porque domina a los sentidos propios y ha apagado su fuego con la caridad divina, pues es obediente por amor. De la celda ha hecho un cielo, porque no sale de la celda del conocimiento de sí mismo, sino que, en la mesa de la cruz, con el obediente Cordero, come el honor de Dios y la salvación de las almas. En ti, obediencia, no cabe el juzgar a las criaturas, y especialmente al prelado. Valoras la dulce voluntad de Dios, apreciando que no quiere sino tu santificación y que lo que da o permite tiene esta finalidad. Tienes compasión del prójimo, pero no condenas ni murmuras. No quieres escrutar la voluntad del que manda, sino simplemente, con sencillez de corazón, sazonada por la prudencia, obedeces en las cosas que no encierran culpa de pecado, y de nada te ensoberbeces. Justo es que en la amargura experimentes dulzura y, en el momento de la muerte, la vida de la gracia. ¡Oh carísimos hijos! ¿Quién habrá que no se enamore de tan dulces y suaves frutos como recibe el alma por medio de la obediencia? ¿Sabeis quién los recibirá? El que con el ojo del entendimiento y

la pupila de la fe santísima se mira en la verdad como en un espejo reconociendo en sí la bondad de Dios, bondad en la que encuentra la excelencia de esta dulce y real virtud.

¿Quién es el que no la ve? El que no posee la luz, y por ello no la conoce. Al no conocerla no la ama y, por no amarla, no está vestido sino despojado de la obediencia. Se halla vestido de la desobediencia, que da frutos de muerte y es un viento racheado que se resquebraja la navecilla y la golpea contra los escollos ya enumerados. Por eso el alma, privada de la gracia por encontrarse en pecado mortal, se ahoga en el mar con gran amargura. Se ha hecho insoportable a sí misma, privada de la caridad fraterna. Quebranta el voto y normalmente no lo guarda. Tampoco observa la continencia, porque le será imposible ser continente y, si corporalmente lo fuese, no lo será espiritualmente. No observa el voto de pobreza voluntaria porque, anclado en el amor propio, apetece los deleites del mundo y le viene el tedio de la oración y de la celda, deleitándose en conversaciones. ¡Cuánta miseria sigue a todo esto! Pierde el tiempo, vuelve la cabeza a mirar al arado y no persevera. Se ha debilitado y cualquier cosilla da con él en tierra. Se priva de toda virtud y, como soberbio, quiere siempre analizar la voluntad del prójimo y sobre todo la de su prelado. Carísimos hijos: la lengua no sería capaz de narrar todo el mal que procede de la desobediencia. El desobediente es impaciente hasta no poder tolerar una palabra. Está enmarañado en pequeñas ligaduras y no se desenreda, sino que en esta vida gusta las primicias del infierno. ¿Qué diremos, pues? Que todo mal procede de la desobediencia, por carecer de caridad y de la virtud de la humildad, que son las dos alas que nos hacen volar a la vida eterna. No posee la paciencia, que es la médula de la caridad, razón por la cual llega el alma a la obediencia.

Considerando yo que no podemos escapar de tanto mal, ni conseguir tan gran bien por otro medio que el que nos proporciona la obediencia, dije que deseaba veros

fundados en la verdadera y santa obediencia, que no se puede tener sin paciencia. Esta procede de la caridad, ya que por amor se hace el hombre paciente y obediente, ungido con la verdadera y perfecta humildad. Animo, hijos míos. Una vez dentro de la navecilla de la Orden, corred con el próspero viento de la obediencia hasta la muerte a fin de que, sin peligro, al término de vuestra vida, llegueis a la eterna. Bañaos con la sangre de cristo crucificado. No os digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

Encomendadme muy encarecidamente al prior y a todos sus hijos. Vosotros, sed espejo de obediencia. Jesús dulce, Jesús amor.

SE RECOMIENDA LA ENTREGA TOTAL A DIOS

A Pedro de Tomás de los Bardi.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Amadísimo hermano en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con deseo de veros iluminado con la luz de la santísima fe y vestido de una perfectísima esperanza. De otro modo no podreis ser agradable a vuestro Creador ni participar de la vida de la gracia. La fe viva nunca existe sin obras y, si existiera, estaría muerta y alumbraría muertos, y no vivos, a los hijos de las virtudes. El que no tiene luz de la fe carece de la virtud de la caridad y, sin ésta, cualquier bien que se haga no es acto de virtud ni vale para la vida eterna. A pesar de todo nadie debe dejar de obrar el bien, porque todo bien es remunerado, lo mismo que todo pecado es castigado. Aunque

el bien realizado en pecado mortal no le vale nada para la vida eterna, por hallarse entonces privado de la luz de la santísima fe, le vale sin embargo para muchas cosas cuando reciba la gracia de Dios. Es decir, que no queriendo la bondad divina que el bien que el hombre hace quede sin premio, lo remunera: concediéndole tiempo para que pueda enmendarse o poniéndole en el corazón de sus servidores, a los que urge al deseo de nuestra salvación, para que, por el deseo y por las oraciones que hacen por nosotros, salgamos de la tiniebla del pecado mortal y volvamos al estado de gracia; o le premia con bienes temporales, si por defecto suyo no se dispone a recibir los espirituales. Veis, por tanto, que todo bien es remunerado. Por eso no se debe dejar. Debemos procurar hacerlo en gracia para que sea hecho a la luz de la fe. En ella nacen vivos los hijos de las virtudes, es decir, dan al alma la vida de la gracia.

¡Oh luz gloriosa que libras al alma de la oscuridad y la despojas de la confianza en sí y en el mundo, en los hijos y en cualquier criatura, y las vistes de la verdadera confianza puesta en Cristo crucificado! Por eso el alma no teme que le falte algo, pues con la luz de la fe ha visto la bondad de Dios en sí misma. Sabe que Dios tiene poder para socorrerla; que es sapientísimo y que sabe hacerlo; que es clementísimo y quiere ayudar a la criatura racional; que nunca falta a quien confía en El sino que nos provee en la medida en que confiamos en su generosidad, por lo que seremos colmados tanto como confiemos. Por eso, si el hombre se conoce con la luz de la fe, no confía en sí, ni en aquello en que tiene puesta su confianza humana, ya que claramente ve que por sí mismo no tiene existencia. Si fuera algo por sí mismo, podría, a su modo, poseer las cosas que ama, y esto no se da, antes bien, cuando quiere ser rico, muchas veces tiene que ser pobre; querría la salud y ha de estar enfermo y se le acorta el tiempo. De ahí que sea necio y maldito el que confía en el hombre viendo que nada existe por sí mismo y que ni el mundo ni el hombre le prestan un servicio sino para su

provecho. Por eso, quien confíe en ellos andará siempre equivocado, porque nada le es fiel. Queriendo enriquecerse se empobrece a sí mismo, empobrece a su alma y a los hijos por causa de los bienes temporales. Se hace desordenado e insoportable consigo mismo al desear lo que no debe. El espíritu que ambiciona lo que no tiene, siempre sufre, porque es privado del sumo Bien que da paz y quietud y sacia al alma.

¡Oh hermano e hijo queridísimo! Abrid los ojos del entendimiento a la luz de la santísima fe para conocer la poca firmeza y estabilidad del mundo y la gran bondad de Dios, firme y estable, que nunca cambia. El sacia y alimenta al alma con la afectuosa caridad y la reviste de la confianza en su dulce Creador. Tened por cierto que la bondad de Dios ve lo que el hombre necesita y, por el conocimiento le presenta su deseo y su necesidad, sirviéndolo con todo su corazón y afecto. Dedica el trabajo corporal a la familia socorriéndola y ayudándola cuanto puede. Hace lo que está en su mano, en buena y santa conciencia, y lo restante lo deja a la voluntad divina, en la que ha puesto su confianza, pues con la luz de la fe conoce su bondad y providencia. No veo otro medio para que podais vencer al lodo de este mundo sino la luz de la fe, donde se adquiere la confianza y la afectuosa caridad, gustando en esta vida las primicias de la vida eterna, puesto que su voluntad está revestida de las primicias de esa vida eterna, ya que su voluntad está adornada de la dulce voluntad de Dios.

Por eso os dije que deseaba veros iluminado con la luz de la santísima fe y vestido de perfectísima confianza. Así os ruego, por el amor a Cristo crucificado, que hagais vos y vuestra esposa para no estar en estado de condenación. Lo no realizado en el pasado quiero que se haga en el tiempo presente. No demoreis el tiempo de buscar vuestra salvación, porque el tiempo ni aguarda por vosotros, por lo cual no debeis esperar haciendo lo del cuervo que grita cra, cra, cra. Los que pierden el tiempo siempre dicen: mañana lo haré, y llegan a la muerte sin darse cuen-

ta. Entonces quieren el tiempo y no lo pueden tener. Lo han perdido miserablemente en avaricias, ambición, ganancias ilícitas y mucha inmundicia espiritual y corporal, manchando el sacramento del matrimonio. De sus hijos hacen un dios y, como ciegos, ponen la confianza donde no deben. Así van de ceguera en ceguera. Si no se enmiendan y castigan la culpa con la contrición de corazón, la confesión y la satisfacción, en la medida de sus fuerzas y posibilidad (no de lo que no puedan, que esto no lo exige Dios), repito que llegan a la condenación. Quiero, pues, que os desperteis del sueño antes de que llegue la muerte, y que el deseo natural y luz que Dios os ha dado no se aparte de vos sino que con perseverancia lo lleveis a la práctica por medio del tesoro de la virtud de la fe y de la perfecta confianza. No penseis que os va a faltar la providencia divina. Si confiais en Dios, El os socorrerá en todas vuestras necesidades. No digo más.

Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

GUARDAR LAS OBSERVANCIAS DEL MONASTERIO

A la Abadesa del Monasterio de Santa María Degli Scalzi, en Florencia.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima madre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundada en la verdadera caridad, a fin de que seais proveedora y gobernadora de vuestras ovejas. Es claro que no podemos proveer a otro si primero no alimentamos nuestra alma con

las verdaderas y reales virtudes, y que no puede uno conseguirlo si no se acerca al pecho de la divina caridad, del que se saca la leche de la dulzura divina. Es preciso, queridísima madre, que hagamos como el niño que, deseando tomar la leche, toma la teta de la madre y se la mete en la boca y, a través de la carne, saca la leche para sí. Eso debemos hacer nosotros si queremos alimentar nuestra alma. Debemos acercarnos al pecho de Cristo crucificado en el que está la madre, la caridad. A través de su carne sacaremos la leche que nutre a nuestra alma y a los hijos de las virtudes, es decir, por medio de la humanidad de Cristo, ya que en ella recibe y sufre el castigo, pero no en la divinidad.

Sin sufrimiento no podemos alimentarnos con esta leche que extraemos de la madre, la caridad. Los sufrimientos son diversos: unas veces provienen de grandes ataques del demonio, otras de las criaturas, junto con muchas persecuciones, infamias, tormentos e improperios. En sí son sufrimientos, pero para el alma decidida a alimentarse a este dulce y glorioso pecho, de donde ha sacado el amor, por ver en Cristo crucificado el amor inefable que se nos ha mostrado por medio del dulce y amoroso Verbo. En el amor ha encontrado el odio a la propia culpa y a su perversa inclinación natural, que lucha siempre contra el espíritu. Además de los sufrimientos del alma que ha llegado al hambre y deseo de Dios, están los extremados y amorosos deseos de la salvación del mundo entero. Por eso la caridad actúa de este modo: enferma con los enfermos y sana con los sanos, llora con los que lloran y goza con los que gozan; es decir, llora con los que en aquel momento lloran el pecado mortal, y goza con los que gozan por hallarse en estado de gracia. Entonces ha tomado la carne de Cristo crucificado sufriendo la cruz con El por medio de las penas. No es una pena aflictiva, que reseca al alma, sino aumentativa, deleitándose en seguir las huellas de Cristo crucificado. Entonces gusta la leche de la dulzura divina. ¿Con qué la ha tomado? Con la boca del santo deseo, tanto que, si fuera posible obte-

ner esta leche y dar con ella la vida a las virtudes (éstas reciben la vida de la leche de la ardiente caridad), no la querría sin sufrimientos. La prefiere con sufrimientos por amor a Cristo crucificado, ya que no le parece bien que pueda haber miembros delicados sino dispuestos a sufrir las espinas con El, no queriendo padecer según la voluntad propia sino en conformidad con la de su cabeza. Obrando así, no sufre, sino que su cabeza, Cristo, es portador del dolor.

¡Cuán dulce es esta dulce madre, la caridad! No busca sus cosas, es decir, no se busca a sí, por sí misma, sino en razón de Dios; lo que ama y desea lo ama y desea en El. En cualquier situación en que se halle, emplea su tiempo en seguir la voluntad de Dios. Si es seglar, quiere ser perfecto en su estado; si es religiosa súbdita, es perfecto ángel en la tierra durante su vida.No apetece ni pone su amor en el siglo, ni en las riquezas por la posesión particular, porque ve que obraría contra el voto de pobreza voluntaria que prometió observar en su profesión. No se deleita ni quiere tratar con quienes quisieren impedir el voto de castidad. Es partidaria de las rejas y del locutorio y destierra la familiaridad con los devotos. Se hace adicta a la celda, su tierra, como verdadera y legítima esposa. Adquiere en ella el espíritu de mortificación y de humilde y de continua oración, a los pechos de Cristo crucificado, y no sólo con los ojos del cuerpo sino con los del espíritu se esfuerza por conocerse a sí misma, su fragilidad, su anterior miseria y la bondad de Dios en ella, por verse amada inefablemente por su Creador.

Por eso sigue poco a poco la virtud de la humildad y el santo y ardiente deseo que se manifiesta en la oración continua, de que nos habla san Pablo al decir que debemos hacerla sin interrupción. Al santo deseo siguen las santas y buenas obras. La que no deja de orar, no deja de trabajar bien. Mora en la celda con su eterno esposo, aceptando la vergüenza y el sufrimiento que de cualquier modo se le produzca. Desprecia los deleites, la posición social y los honores del mundo. Ahoga su propia y mise-

rable voluntad. Propone a su consideración la obediencia de Cristo crucificado que, por obediencia al Padre y por la salvación de las almas, corrió a la afrentosa muerte de cruz, de modo que, por la obediencia de Cristo, se hace obediente y observa el tercer voto, el de obediencia, sin nunca oponerse a ella, ni querer escrutar la finalidad del que manda, sino que la observa de modo especial. Así actúa la verdadera obediente. La desobediente, en cambio, quiere saber siempre la causa y por qué se le manda, y nunca guarda las observancias de la Orden, sino que las quebranta. La que es obediente pone ante sí la obediencia como un espejo y prefiere la muerte a transgredirla, de modo que es una súbdita perfecta.

Si tiene que dirigir, es perfecta en su gobierno, si antes se ha alimentado con la virtud a los pechos de Cristo crucificado. Si ha sido buena súbdita, al ser puesta a gobernar, es buena madre para las hijas, en ella brilla la margarita de la justicia y exhala el perfume de la honestidad, dándoles ejemplo de buena y santa vida. Como la caridad no se da sin la justicia (es más, es justa el alma que la posee perfectamente) da a cada una lo debido. Por eso se da odio y aborrecimiento a sí y gloria y alabanza al nombre de Dios, por afecto de amor. Tiene benevolencia con el prójimo amándolo y sirviéndole en lo que puede. A cada una de sus súbditas da según las circunstancias, por lo cual ayuda al perfecto a aumentar la virtud y al imperfecto y a las que cometen faltas las corrige y castiga, poco o mucho según la gravedad de ellas y en conformidad con lo que puedan soportar. Sin embargo, nunca deja impunes las faltas y prefiere castigar en esta vida sin animosidad a que sean castigadas en la otra. Con todo, pensad que, si la superiora no hubiera alimentado su alma del modo dicho, no poseería la margarita de la justicia sino que actuaría en su vida con gran injusticia y robaría, como ladrón, lo que pertenece a Dios, y se lo atribuiría a sí misma. Lo mismo haría con el prójimo, al que no amaría sino por propio provecho. Gobernaría a sus hijas por agradarse a sí o a las criaturas. Lo haría por no disgustar-

las y haría la vista gorda con sus defectos. Si corrigiera de palabra, no tendría efecto pues no lo haría con ardor y firmeza de ánimo, porque, como su vida no estaba ordenada, tendría miedo y temor servil y, consiguientemente, su corrección no hallaría eco. No veo para nosotras otro medio que el de ponernos a los pechos de Cristo crucificado, del modo indicado, para gustar la leche de la divina caridad, y afirmarnos en El.

Por lo cual, considerando que no hay otro medio ni camino, dije que deseaba veros fundada en la verdadera y perfecta caridad. Así os ruego, por amor a Cristo crucificado, que procureis estar asentada en El para que vuestras ovejas sean gobernadas por vos con el ejemplo de buena y santa vida y para que las que se hallan fuera del redil vuelvan a él. Apartadlas de las conversaciones mundanas, dadles ánimo para la celda, hacedlas prontas para el coro y para el refectorio común y no para el particular. Si no obrais así en lo que podeis, Dios os pedirá cuenta de ellas. Os la pedirá no sólo de vuestras faltas sino de las de ellas. Por tanto, carísima madre, no durmais, sino despertad del sueño de la negligencia. No os digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

REVERENCIAR Y EMPAPARSE DE LA SANGRE DE CRISTO

A la Señora Juana Pazza.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros sufrir realmente

lo que nuestro dulce Salvador permite en vos. En esto conocerá la Vida que le amais, porque no podemos darle otra señal de nuestro amor que la de amar con caridad a toda criatura racional y la de sufrir con verdadera y real paciencia hasta la muerte, sin elegir ni el lugar ni el modo en conformidad con nuestra voluntad, sino con la de Dios, que no intenta otra cosa que nuestra santificación. Sería demasiado grande ignorancia el que nosotros, enfermos, pidiéramos la medicina a nuestro médico, Cristo, y que nos la diera a nuestro gusto y no según su voluntad, El que ve y conoce lo que nos es necesario. Por eso quiero que sepas, hija mía, que lo que Dios da o permite en esta vida lo concede o por ser necesario a nuestra salvación o para acrecentamiento de nuestra perfección. Por ello debemos sufrirlo con humildad y paciencia y aceptarlo con reverencia abriendo el ojo del entendimiento para considerar con cuánta caridad y ardoroso amor nos lo da. Al ver que lo hace por amor, y no por odio, lo recibiremos con amor. De tanta necesidad nos es la virtud de la paciencia que debemos fomentarla para no perder el fruto de nuestros trabajos. Debemos levantarnos de la negligencia y caminar con prontitud hacia donde la paciencia se encuentra.

¿Dónde? En Cristo crucificado. Tanta fue su paciencia que no se oyó un clamor suyo de queja. Los judíos gritaban *«crucifige»* y él clamaba: «Padre, perdona a los que me crucifican, porque no saben lo que hacen». ¡Oh paciencia, que nos diste vida, esto es, que sufriendo con paciencia nuestras maldades las pusiste sobre su cuerpo en el madero de la cruz! Con su sangre limpió la cara de nuestra alma, y nos creó para la gracia por esa sangre derramada con tan ardiente amor y verdadera paciencia. La sangre cubrió nuestra desnudez al revestirnos de gracia; su calor deshizo el hielo y calentó la tibieza del hombre; por ella cayeron las tinieblas y se nos dio la luz; en ella se consumió el amor propio. Es decir, el alma que se considera amada por cauda de la sangre, tiene motivo para elevarse sobre sí misma del miserable amor propio y para

amar a su Redentor que ha dado la vida con tan ardiente fuego y que, como enamorado, ha corrido a la afrentosa muerte de cruz. La sangre se ha convertido en bebida y la carne en comida para quien lo desea. De ninguna manera se puede saciar el apetito ni quitar el hambre y la sed del hombre sino con la sangre. Porque, aunque poseyera todo el mundo, no se puede saciar, porque las cosas son de menor valía que él, razón por la que no podría satisfacerse con algo de menor importancia. Sólo en la sangre puede conseguirlo, porque se halla infundida, que es más que el hombre. Esta sacia con ella y con el fuego de la caridad divina su deseo, puesto que fue derramada por amor. La sangre se nos dio con abundancia. El día octavo después del nacimiento (de Jesús) fue puesta la espita a la barrica de su cuerpo, al ser circuncidado, pero, era tan pequeña la cantidad de sangre que no saciaba a la criatura. Sin embargo, en el tiempo de la cruz (El) puso un tubo en su costado, al abrir su costado, siendo Longinos el instrumento utilizado para ello. Vaciado el tonel de la vida de su cuerpo, al separarse el alma de él, fue escanciada la sangre y pregonada con la bocina de la misericordia por el pregonero del fuego, el Espíritu Santo: que «quien quiera de esa sangre vaya por ella». ¿A dónde? Al tonel mismo, a Cristo crucificado, siguiendo su doctrina y su camino. ¿Cuál es su doctrina? Amar el honor de Dios y la salvación de las almas y adquirir la virtud con sufrimientos, esfuerzo y violencia sobre los propios sentidos.

¿Qué camino ha de llevar el que quiera llegar al lugar y a la doctrina para obtener la sangre? ¿Qué vasija y luz es necesario que lleve? Respondo que la luz de la santísima fe, pues es la pupila que está en el ojo del entendimiento. Si el alma no tuviera esa gloriosa fe equivocaría el camino, como hacen los mundanos que tienen cegado el ojo del entendimiento con la lumbre del amor propio y la blandura para consigo mismos. Por eso andan deslumbrados. Desprecian y rehusan la sangre, de modo que no van a buscarla. Necesitamos, pues, tener la luz, como queda dicho, y mantener el camino del verdadero conoci-

miento de nosotros mismos y del reconocimiento de la bondad de Dios en nosotros, con odio al vicio y amor a la virtud. La luz de la fe es el camino y la casa en que el alma conoce y aprende la doctrina de Cristo crucificado. En esta casa del conocimiento de nosotros y de Dios, encontramos la sangre y por ésta se limpia la cara de nuestra alma.

¿Qué vasija debemos llevar? Respondo que la del corazón, a fin de que poniendo su afecto en la sangre, como esponja, se empape en ella y en el fuego con que fue derramada. Entonces queda el alma embriagada. Después de haber tenido la luz, andado el camino de la doctrina de Cristo crucificado, llegado a ese lugar, y haber llenado la vasija, gusta el alma del alimento de la paciencia, el perfume de la virtud, el deseo de sufrir, de modo que parece que no se podrá saciar de llevar la cruz por Cristo crucificado. Hace como el borracho que cuanto más bebe más quiere beber; así, cuanto más sufre más quiere sufrir. Los sufrimientos son su refrigerio y los suspiros su alimento.

Este es, pues, el camino y modo de poder alcanzar esta reina, la paciencia. Con ella te dije que deseaba verte sufrir realmente lo que la bondad divina permita en ti.

Animo, pues, queridísimas hijas. No sigamos durmiendo el sueño de la negligencia sino entremos, con angustiado dolor y llanto por las ofensas de Dios, en la bodega abierta del costado de Cristo crucificado, donde encontramos la sangre. En verdad, no tenemos dónde reposar la cabeza sino en la sangre y en la cabeza de Cristo crucificado, coronada de espinas. Dirigid a la sangre las saetas de vuestro ardoroso deseo y de vuestras humildes y continuas oraciones para honra de Dios y salud de las almas.

No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LES ALIENTA EN LA VOCACION

A ciertos jóvenes florentinos, hijos adoptivos de Don Juan.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimos hijos en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros unidos por el lazo de la caridad, de modo que ni el demonio ni otra criatura os pueda separar de ella.

Este es el dulce lazo que ató a Dios con el hombre y al hombre con Dios, cuando la naturaleza divina se unió con la humana. Este fue el amor inefable que dio ser al hombre, cuando Dios lo sacó de sí mismo y lo creó a su imagen y semejanza. Como el alma está hecha por puro amor, el amor pone de acuerdo las potencias del alma y la une con ellas. La voluntad mueve al entendimiento a mirar lo que quiere. Cuando el entendimiento se da cuenta de que la voluntad quiere amar, entonces él se propone como objeto del amor al Padre eterno que nos ha dado al Verbo, a su Hijo, y pone ante sí, del mismo modo, la obediencia y humildad del Hijo que sufrió con mansedumbre las penas, injurias, tormentos, escarnios y villanías, que sobrellevó con grandísimo amor. Así, con amor inefable, va detrás de lo que el ojo del entendimiento ha visto, y con mano segura, pone en la memoria el tesoro que saca de este amor. Por ello se hace agradecida y reconoce al autor de las gracias y dones que considera haber recibido de Dios. Advierte que lo que posee lo tiene no por sí misma sino por gracia, que nosotros somos los que no existimos, que por nosotros mismos nada somos, y que obra nuestra es la nada, el pecado. ¡Qué horrorosa es la culpa que nos quita la vida! Al comprender esto del modo dicho, el alma se reviste de amor y de humildad. La caridad la descubre y gusta en la bondad de Dios, al considerar

que participa de ella a través de los dones y gracias que ha recibido y recibe de continuo. Por el conocimiento de sí misma y del pecado que encuentra, causado por la perversa inclinación que en ella existe (por ella se ha rebelado y se rebela contra su Creador), concibe tan grande odio y aborrecimiento a los sentidos. Por el odio descubre la paciencia que la hace fuerte para sufrir las penas, escarnios, villanías, hambre, sed, frío, calor, tentaciones de demonios. Esquiva y se aparta del mundo con todos sus deleites. De la paciencia nace una corriente de humildad, que es el alma y nodriza de la caridad. Sufre con tanta paciencia, porque la caridad, amor inefable, ha encontrado a su ama, es decir, la humildad, y al criado, que es el siervo del odio a sí misma, el cual por amor la sirve con perfecta paciencia. El odio venga y hace justicia a los enemigos de la caridad divina. Estos son los siguientes: el amor propio que se ama por su propia utilidad, y lo que ama lo ama para sí y no por causa de Dios; los deleites, los placeres, la prosperidad, los honores y las riquezas. ¿Cuál es su venganza? Es de tal dulzura que no hay lengua capaz de explicarla, pues del amor propio, que da la muerte, pasa al amor divino, que da la vida; de la oscuridad, odio y desagrado a la virtud, llega a la luz y a amar la virtud, a la vez que prefiere la muerte a abandonarla; se da también a practicar los métodos y seguir los caminos que cree le pueden llevar a conseguir y conservar la virtud. Como ve que los deleites sensibles, la condescendencia con el cuerpo y el trato con los malos y perversos seglares le son nocivos, huye de ellos con todo el corazón y afecto. Con el cuerpo obra de otra manera: se venga de él macerándolo con la penitencia, ayuno, vigilias, oraciones y disciplinas, especialmente cuando cree que es necesario, es decir, cuando la carne quiere rebelarse contra el espíritu. De la voluntad se venga con la muerte, porque se la da sometiéndola a los mandamientos de Dios y a los consejos que Cristo, Hijo único de Dios, nos legó con los mismos mandamientos. Así se reviste de su dulce y eterna voluntad y navega por este mar tempestuoso con va-

lentía, siguiendo en realidad las huellas de Cristo crucificado.

La caridad es, pues, el lazo que une nuestra alma con su Creador. ¡Caridad, tú ligaste a Dios con el hombre y al hombre con Dios cuando Tú, Padre eterno, nos diste al Verbo de tu Hijo y uniste la naturaleza divina con la humana! ¡Oh hijos carísimos: este fue el lazo que tiene sujeto y clavado a Dios hombre en la cruz! Si el amor no le hubiera sujetado, ni los clavos ni la cruz hubieran sido capaces de hacerlo. El amor que Cristo tuvo al honor del Padre y a nuestra salvación, su odio y aborrecimiento, junto con el amor, vengaron y castigaron nuestras maldades con sufrimientos y tormentos en su cuerpo.

Por eso el alma unida a Cristo crucificado lo sigue, dando cumplimiento al castigo en la parte sensitiva, para la honra de Dios, para su salvación y la del prójimo, arrojando a su enemigo, a los vicios y a la desobediencia con su Creador por la transgresión de los mandamientos. En su lugar, en su interior, pone y recibe a los amigos, que son las verdaderas y reales virtudes, practicadas con amor y perfecta caridad. Uno de los principales amigos del alma es la obediencia verdadera. Quien es tan humilde como obediente acata los mandamientos de Dios. El alma que grandemente se enamora de esta obediencia, consiste en ahogar y matar la voluntad propia, la extiende también a los demás, y quiere observar la obediencia de los consejos de Cristo, asumiendo el yugo de la obediencia en una Orden aprobada. No hay duda, hijos míos, de que esto es lo más seguro y más experimentado, pues aunque vemos religiosos enfermos (relajados), cuando no siguen las observancias de la Orden, la Orden, a pesar de ellos, nunca se pone enferma, pues está fundada y creada por el Espíritu Santo.

Por eso, si sentís que os llama la obediencia, respondedle. Y si os viniese al pensamiento no contentaros con las Ordenes en relajación, y que por causa del poco amor hay muchas dificultades, respondo que hay muchos monasterios en que no ha brotado raíz mala alguna y que,

teniendo vosotros deseos de entrar en una Orden, será de gran bien y honra de Dios que paseis a ella, si hay buen superior. Entre otros monasterios os indico el de San Antimo el cual, como os dirá don Juan, tiene un abad modelo de humildad y pobreza, pues él no quiere ser el más importante sino el menor. Dios, por su infinita bondad, os conceda en esto lo que haya de ser mejor para su honor y para vosotros.

Hijos míos, uníos, uníos unos a otros con caridad. Cada uno sobrelleve los defectos de los demás a fin de permanecer unidos en Cristo Jesús, y no dispersos. Amaos, amaos mutuamente, puesto que sabeis que esta es la señal que Cristo dejó a sus discípulos, diciendo que no en otra cosa son reconocidos los hijos de Dios que por la unión, el amor que el hombre tiene con su prójimo en perfectísima caridad.

He tenido grandísimo consuelo con las buenas noticias sobre la unión que hay entre vosotros. Aumentadla. No volvais la vista atrás, de modo que pueda yo clamar con san Pablo, cuando dijo a sus discípulos que ellos eran su gozo, su alegría y su corona. Os ruego que obreis de modo que yo lo pueda repetir. No os digo más. Bañaos en la sangre de Cristo crucificado y uníos unos a otros con el lazo del amor. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

EXHORTACION A PERFECCIONARSE EN EL AMOR A DIOS

A Pedro Canigiani, en Florencia.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo padre e hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo,

Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundado en el verdadero y perfectísimo amor, a fin de que esteis adornado con la vestidura nupcial de la perfecta caridad. Sin ella no podemos entrar en las bodas de la vida perdurable a que estamos invitados sino que seremos expulsados y desterrados de ellas con gran vergüenza. ¡Cuánta turbación habrá en el alma que en el momento de la muerte, terminada su vida sin esta dulce y graciosa vestidura, estando para entrar en las bodas de su patria, sea privada y expatriada! Ante la presencia de Dios, de los ángeles, de los hombres y ante su conciencia, que es un gusano que siempre roe, encuentra turbación y la visión de los demonios, de quienes se hizo esclava por haberlos servido, así como de los propios sentidos. Por premio recibe la confusión y represión, junto con grandes suplicios y tormentos. Los demonios le dan lo que tienen. Esto sucede por ir al convite sin vestidura nupcial.

¿Quién la ha privado de ella? El amor propio, amor a sí mismo, porque el que se ama con amor propio sensitivo no puede amar a Dios ni a sí mismo con amor racional, ya que uno se opone al otro y no hay conformidad entre ellos. ¡Oh carísimo padre: considerad lo distintos que son, qué peligroso y penoso es el amor sensible y cuán dulce el amor divino! La diferencia es esta: el que ha puesto su afecto en el mundo, ama y busca las cosas en que pueda deleitarse sensiblemente; busca honores, prosperidad y riquezas en el mundo. El servidor de Dios huye de esto como del veneno, porque ha elevado el afecto y el amor, apartando de él su corazón. Lo ha colocado en su Creador, teniendo por gloria estar privado de su posición social, riquezas, deleites y placer, y recibir grandes persecuciones e improperios del mundo y de los que a éste siguen. Todo lo sufre con verdadera y santa paciencia porque todo lo ha conculcado con los pies de su afecto. Ha sido constituido en señor del mundo porque lo ha abandonado no a medias, sino plenamente, del todo; si acaso no materialmente, al menso con el deseo. Aprecia al

mundo en lo que vale, y no en más, despreciando la propia fragilidad y teniéndola sometida a la señora, a la razón. Por eso, quien se ama a sí mismo, hace del mundo y de los placeres un dios, es decir, que el tiempo que debe emplear en servir a su Creador lo gasta en obras vanas y transitorias, en su débil cuerpo, que hoy existe y mañana no, porque será comida de gusanos, alimento de muerte y un saco lleno de estiércol. El ama la soberbia y Dios la humildad; es impaciente y Dios quiere la paciencia; tiene un corazón tan empequeñecido que en él no caben ni Dios ni el prójimo, y Dios lo tiene grande y liberal. Por eso los servidores de Dios, que van tras la caridad divina, los que de veras siguen la doctrina de Cristo crucificado, se disponen a dar la vida por honra de Dios y la salud del prójimo. En cambio, el miserable servidor del mundo roe al prójimo con los dientes de la envidia y del odio, y se recome con ira y aborrecimiento, con apetito de venganza; se deleita en el lodo de la inmundicia mientras que el siervo de Dios lo hace en el perfume de la pureza y de la continencia. En todo advertimos que uno es contrario al otro, y por ello no pueden estar juntos, sino que uno repele al otro.

De aquí deducimos que cuando el hombre se vuelve a reconocer su miseria, la poca firmeza y estabilidad del mundo y su inconstancia, bien pronto lo odia y expulsa con el amor. Pero, como el alma no puede vivir sin amor, ama enseguida lo que ha visto con la luz del entendimiento y conocido a la luz de la caridad divina, descubriendo dentro de sí la gran bondad de Dios, la firmeza y estabilidad que de El recibe, al verse creado de nuevo por la sangre del humilde e inmaculado Cordero, que por amor ha lavado la cara del alma con su propia sangre. En razón de esto nos es muy necesaria la luz para conocer el amor, las gracias y dones que de El continuamente recibimos. Ese amor hace al hombre agradecido a Dios y a su prójimo, como, por el contrario, el amor propio lo hace desagradecido, puesto que a su propia sabiduría atribuye lo que posee. ¿Quién nos muestra que esto es así? La in-

gratitud que se manifiesta en los pecados que cada día comete. Como la gratitud demuestra que el alma da a Dios lo que ella posee, excepto el pecado que es la nada, así la virtud es una manifestación del agradecimiento. Bien claro está, pues, que son bien diferentes en todo.

Digo que el servidor del mundo, que se ama a sí mismo, sufre grandísimos e intolerables trabajos porque, como dice san Agustín, el Señor ha permitido que el hombre que ama desordenadamente se haga intolerable a sí mismo. Lleva la cruz del demonio porque, si consigue deleites, es con sufrimientos; si los goza, lo hace con trabajos; si los pierde, por ello es atormentado con grandísima impaciencia; y, si no los puede adquirir, sufre porque los desea. Tan ciego es, que pierde su libertad haciéndose servidor y esclavo del pecado, del mundo con sus delicias y de la propia fragilidad. Estos sufrimientos son comunes a los servidores del mundo; pero cuántos son los particulares, los que soportan aquellos que se hallan al servicio del demonio, los vemos todos los días. ¡Ay! Por conseguir el infierno no se preocupan de la muerte corporal y no ahorran trabajo alguno. Y yo (¡miserable de mí!), por poseer a Dios y conseguirlo, no sufro ni la más pequeña cosa. Mi misma sombra me ha producido miedo. Verdaderamente reconozco que los hijos de las tinieblas son motivo de vergüenza y confusión para los hijos de la luz, porque caminan al infierno con mayor diligencia, decisión y esfuerzo que los hijos de la luz a la vida eterna. De modo que el perverso, miserable amor a sí, da grandes trabajos y amargura.

El verdadero y perfectísimo amor es, por el contrario, de tanto deleite, dulzura y suavidad que ninguna aflicción ni amargura le pueden turbar ni privar de ella, sino que fortalece mucho más el espíritu, ya que acerca al alma más a su Creador. En El gusta la dulzura de su caridad, creyendo con fe viva que lo que Dios da y permite es para su bien y santificación. ¿Quién se lo ha demostrado? La sangre de Cristo en la que, con la luz de la fe, advierte que, si hubiese querido algo que no fuera nuestro bien, no

nos habría dado tan perfecto Redentor como fue su Hijo, y que Este no habría dado su vida con tan ardoroso amor, cargando nuestras maldades sobre su cuerpo. El llena al alma de fortaleza y gran perseverancia, no queriendo volverse a mirar atrás. No se turba por sí ni por el prójimo, sino que, con benevolencia y fraterna caridad, tolera y soporta sus defectos. No pena por la pérdida de su posición social y, si goza de ella, no la posee con sufrimiento. No la busca si no la tiene, ni se esfuerza por tenerla, porque su afecto está ordenado y orientado en conformidad con la voluntad de Dios, con la que ha dado muerte a la suya propia. La voluntad propia es la que nos proporciona sufrimientos.

Ese amor lo separa del mundo y lo une a Dios por afecto de amor. Prepara la memoria para retener sus beneficios; ilumina al entendimiento para reconocer la verdad en la doctrina de la cruz; dirige el afecto para amarlo con todo el corazón con anhelante y gran deseo. También ordena las facultades corporales; es decir, todas sus prácticas corporales y espirituales están orientadas a la honra de Dios y al amor a la virtud. Entonces se encuentra de verdad reposando en Dios, que la viene invitando a las bodas de la vida eterna desde el principio de la creación hasta el momento de la muerte. El alma agradecida se ha puesto la vestidura nupcial del afecto de la caridad porque se ha despojado del amor sensible y porque lo ha odiado. Ama a Dios y a sí misma con amor racional, y por ello se encuentra adornada de la caridad. De otro modo no podría alcanzar su fin.

De ahí que, considerando que no hay otro camino, dijera yo que deseaba veros fundado en verdadero y perfectísimo amor. Así quiero que actueis en esta materia durante el tiempo que Dios, por su misericordia, nos tiene reservado. Comenzad a despojaros nuevamente de vos mismo y a vestiros de Cristo crucificado. De hoy en adelante dejar a los muertos que entierren a los muertos y seguid muy de veras con El. Abandonad para siempre los afanes del mundo, toda preocupación en que el mundo se

ve obligado a tener, y robad el tiempo por medio de la práctica de las verdaderas y reales virtudes. No espereis al tiempo, porque no estamos seguros de que lo tendremos. Amad, amad, ya que sois inefablemente amado. Gozaos y alegraos con los servidores de Dios por medio del trato con ellos. Confesaos con mucha frecuencia (aunque creo que no es necesario recomendároslo) y recibid la comunión en las tres pascuas solemnes, a fin de que podais adquirir este dulce ornamento. Procurad que la familia se eduque en el santo temor de Dios. No os digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

EXHORTACION AL AMOR DE DIOS

A la Señora Paula de Siena.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, amadísima y queridísima hija y hermana en Cristo Jesús, yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo, saludo y bendigo en su preciosa sangre. Con deseo he deseado veros unidas en su ardentísima caridad, que hace al alma una cosa con Dios. ¡Oh caridad, llena de alegría, de gozo y de toda seguridad, tanto que a lo tempestuoso lo convierte en pacífico y tranquilo! ¡Oh madre carísima, dulce caridad! Tú alumbraste a todos los hijos de las virtudes. Sabed, amadísima hermana mía, que ninguna virtud está viva sin ella. Así dijo el dulce y enamorado Pablo, vaso elegido: «Si tuviese lengua de ángeles y todo lo diese a los pobres, no teniendo caridad, de nada me vale». Así es en verdad, porque el alma que no la posee no puede hacer cosa que agrade a Dios; más bien alumbra muertos a los hijos de las virtu-

des. ¿Por qué están muertos? Porque Dios no les da la vida, es decir, la caridad, ya que quien permanece en caridad permanece en Dios y Dios en él. Sin embargo la esposa de Cristo, que está herida por la flecha de la caridad, nunca deja de trabajar, como la herida reciente que repercute más vivamente en nuestro corazón. Cada nuevo día le son arrojadas nuevas saetas por la ardiente caridad y no pasa momento en que la bondad de Dios no eche carbones encendidos sobre su cuerpo.

Si nos fijamos en el ser que la bondad de Dios nos ha dado, vemos que no nos creó sino por pura caridad, para que gocemos del bien existente en sí mismo y darnos la vida eterna. Por eso dice san Pablo que Dios no quiere otra cosa que nuestra santificación. Lo que da, lo da con esta finalidad, es decir, que seamos santificados en El. ¡Oh suma y eterna Verdad! Bien hiciste que lo advirtiéramos al ver que, habiendo perdido la gracia, ya no podríamos participar de ese bien. Viendo Dios que, a causa del pecado, no podía cumplirse su voluntad, apremiado por el loco amor que nos tenía, envió a su Hijo para cargar sobre su cuerpo nuestras maldades. En cuanto este Verbo fue injertado en nuestra carne, en el seno de María, inmediatamente lo condenó a la afrentosa muerte de cruz y lo puso en el campo de esta vida a combatir por su esposa, para que la arrancase de las manos de los demonios que la poseían como adúltera. Por tanto, como dice San Bernardo, este dulce caballero subió al caballo, al madero de la cruz, se puso el yelmo de la corona de espinas bien hincada, los clavos en manos y pies, y la lanza en el costado, para mostrarnos el secreto de su corazón. ¡Ay, amor, amor! ¿Te parece que se halla bien armado nuestro Salvador? Animémonos, porque El batallará por nosotros. Así lo dijo a sus discípulos: «Alegraos, porque yo he sujetado al príncipe del mundo». Y san Agustín dice que con la mano sujeta y clavada ha vencido a los demonios.

Amadísimas hijas mías: no quiero que venga sobre vosotras temor alguno a causa del demonio visible o invisible. Si él atacase con muchas tentaciones y alucinaciones

o con el miedo de no poder perseverar en las obras comenzadas, animaos diciendo: «Todo lo podré en virtud de Cristo crucificado, ya que El ha vencido a los demonios por causa mía». ¡Oh dulcísimo amor, Jesús! Tú has celebrado un torneo con la muerte en los brazos de la cruz. La muerte (el pecado) venció a la vida (corporal), y la vida (Jesucristo) venció a la muerte (al pecado); es decir, que por la muerte de su cuerpo destruyó nuestra muerte (de pecado) y por nuestra muerte (de pecado) destruyó la vida de su cuerpo. ¡Oh inestimable dilección de caridad! Todo esto nos manifiesta el amor, la voluntad y la finalidad para que nos creaste, esto es, únicamente para darnos la vida eterna. ¡Oh dulce amor! ¿Qué fuego habrá que no se reavive con tanto fuego de amor, viendo que Dios nos ha dado a su Hijo unigénito, y que ese Hijo nos dio su vida con tan gran deseo que parece que no se ha de poder expresar, cuando nos dice: «Con deseo he deseado celebrar con vosotros la pascua antes de que muera?». ¡Oh dulcísimo amor! Hablas de la pascua del sacrificio de tu cuerpo al Padre por nosotros. ¡Con cuánta caridad y alegría diste la palabra de hacer de Ti un sacrificio, cuando te viste cerca de la muerte! Hiciste como el que ha tenido un gran deseo de realizar una gesta, que, cuando la ve cercana, goza y se alegra. Con igual alegría corrió este enamorado al oprobio de la cruz santísima.

Os ruego pues, hermana y hermanas, que nos alegremos de esto, es decir, de sufrir sus oprobios. Poned, poned la boca al costado del Hijo de Dios, porque tiene una abertura que arroja fuego de caridad y derrama sangre para purificar nuestras maldades. Digo que el alma que reposa allí y mira con el entendimiento al corazón aniquilado y abierto por amor, recibe en sí tal semejanza con El, al verse tan amada, que es imposible que no ame. Entonces pone al alma en orden porque lo que ama lo ama por Dios y nada ama que no haga referencia a El. Así se convierte en otro El a causa del deseo, ya que no se ve otra voluntad que la de Dios. No seais, pues, negligentes, sino caminad siempre quebrantando vuestra voluntad.

Permaneced, hijas mías, en la santa dilección de Dios. haced por cumplir mi deseo de veros unidas y transformadas en El.

Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo. Saludad a la señora Bartolomea y a las demás y decidles que no vuelvan a mirar atrás, sino que perseveren siempre en el santo propósito, porque sin la perseverancia no podreis recibir la corona. Alabado sea Jesucristo. Jesús dulce, Jesús amor.

EXHORTACION AL SUFRIMIENTO POR AMOR DE DIOS

A Fray Tomás Della Fonte.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo padre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros plenamente despojado de vos, para que os halleis vestido de Cristo crucificado. Pensad, dulce padre mío, que carecemos tanto de El como nos reservemos para nosotros. Por lo tanto, ¡cuánto debemos desarraigar de nosotros la voluntad propia, darle muerte, ahogarla, ya que ella es la causa de estar privados de tan rica vestidura! Esta ilumina el alma enardecida y fuerte. Al iluminarla con la eterna Verdad, le manifiesta que lo que nos ocurre en esta vida es para nuestra santificación y hacernos llegar a la virtud, inflamarla de su enardecido deseo de hacer grandes cosas por Dios y de dar la vida por el honor de Dios y la salvación de las almas. La fortalece, porque sin fortaleza no hay luz ni fuego. La luz y el amor soportan grandes cargas: guerra, paz, tempestad, bonanza, y tanto peso tiene

la mano derecha como la izquierda, la adversidad como la prosperidad, porque ve que todo procede de la misma fuente y tiene la misma finalidad. ¡Con cuánta valentía navega el alma que se despojó tan perfectamente, razón por la que fue revestida! No puede querer ni desear sino la gloria y alabanza del nombre de Dios, las cuales busca en la salvación de las almas. De esto han hecho alimento y no quieren comer sino a la mesa de la cruz, o sea, del sufrimiento, escarnios e improperios, en la medida en que Dios quiera concederlos. Tanto goza cuanto ve que sufre sin culpa. A tal estado no se puede llegar con el peso de nuestro vestido. Por eso os dije que deseaba veros despojado plenamente de vos y así os ruego que os esforceis en obrar por amor a Cristo crucificado. No digo más.

Recibimos la vuestra (carta) el día 13 de junio... Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

EXHORTACION A CONOCERSE A SI MISMO

A Fray Raimundo de Capua.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo padre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros verdadero esposo, seguidor y amador de la Verdad. Pero no encuentro el modo de gustar esta Verdad y morar con Ella sin conocernos a nosotros mismos. En el conocimiento propio descubrimos de veras que no existimos por nosotros mismos, sino que la existencia la recibimos de Dios, al considerar que nos ha creado a su imagen y semejanza. Tam-

bién descubrimos la nueva creación que Dios hizo de nosotros al crearnos para la gracia, merced a la sangre de su Hijo unigénito. La sangre nos demuestra la verdad de Dios Padre, que es que nos creó para gloria y alabanza de su nombre y para que participáramos de su eterna belleza y fuésemos santificados en El. ¿Quién nos demuestra que esta es la verdad? La sangre del Cordero inmaculado.

¿Dónde la descubrimos? En el conocimiento de nosotros, que fuimos la tierra en que fue clavada la enseña de la cruz, el receptáculo para recibir la sangre del Cordero que bajaba por la cruz. ¿Por qué fuimos nosotros la tierra? Porque la tierra (materia) no era capaz de mantener en pie la cruz, antes bien habría rechazado tal injusticia. Tampoco clavo alguno podría tener a Jesús sujeto y clavado, si no lo hubiera hecho el amor inefable que El tenía a nuestra salvación, de modo que la mantuvo en pie la ardorosa caridad por el honor del Padre y la salvación de las almas. Somos, pues, nosotros la tierra que mantiene erecta la cruz y la vasija que recibe la sangre. Quien conozca y sea esposo de esta Verdad, en la sangre encontrará la gracia, la riqueza y la vida de la gracia, cubierta su desnudez y vestido con la vestidura nupcial del ardor de la caridad, entremezcladas y hechas una masa el fuego, y la sangre que por amor fue derramada, y unida con la deidad. Por la sangre nos alimentará (la caridad) y nos nutrirá de misericordia, se disiparán las tinieblas y se gustará la luz, porque en la sangre se pierde la nube del amor propio sensitivo y el temor servil que produce el sufrimiento, y se recibe el santo temor servil y la seguridad del amor divino descubierto en esa sangre. Quien no ame la verdad, no la reconocerá en el conocimiento de sí ni en la sangre. Quien camine con sencillez, sin presunción ni novelerías y sin temor servil; quien sienta la luz de la fe viva no sólo en las palabras sino en todo tiempo, tanto en la adversidad como en la prosperidad, en la persecución como en el consuelo; quien por ninguna razón disminuya en su fe, ni en su luz, puesto que la Verdad ha hecho conocerlo en la Verdad no sólo por medio de lo agradable

sino por lo que constituye una prueba, digo que ese, si no tiene esa luz y verdad en el alma, no será por falta de vasija para recibir la sangre sino por sus defectos y turbación. En las tinieblas y en su desnudez de la vestidura de la gracia, recibirá el castigo, no por defecto de la sangre sino porque la menospreció, y, como cegado por el amor propio, no vio ni conoció la Verdad en la sangre. Por eso le ha llegado la ruina y está privado con tal amargura de la alegría de la sangre y de la dulzura de su fruto: por no conocer ni a la sangre ni a sí mismo, razón por la que no fue esposo fiel de la Verdad.

Es, por tanto, necesario conocer la Verdad y querer ser su esposo. ¿Dónde conocerla? En la casa del conocimiento de vos mismo, comprendiendo que nuestra existencia la tenemos de Dios por gracia y no por deber suyo. En vos conoceis la nueva creación realizada por la gracia por medio de la sangre del Cordero para que os bañeis, sumerjais y deis muerte en ella a la propia voluntad. De otro modo no sereis fiel sino infiel esposo de la Verdad. Por eso os dije que deseaba veros verdadero esposo de Ella. Anegaos, bañaos, vestios de la sangre de Cristo crucificado. Si le habeis sido infiel, rebautizaos en Ella; si el demonio hubiera ofuscado vuestro entendimiento, limpiadlo con la sangre; si hubiéseis caído en la ingratitud por los dones no reconocidos, sed agradecidos a la sangre; si fuísteis mal pastor, sin la vara de la justicia temperada con la prudencia y la misericordia, sacadla de la sangre y vedla con el entendimiento en la sangre misma, y tomadla y estrechadla con anhelante deseo. Derretid la tibieza con el calor de la sangre; expulsad con su luz las tinieblas a fin de que seais esposo de la Verdad y verdadero pastor y gobernador de las ovejas puestas en vuestras manos. Sed amante de la celda del alma y del cuerpo en cuanto os sea posible en vuestro cargo. Si permaneceis en la sangre, lo hareis; de otra forma, no. Por eso, por el amor a Cristo crucificado, os suplico que lo hagais. Desprendeos de toda criatura (y sea yo la primera). Vestíos con afecto del amor a Dios y a toda criatura por El, es decir, amadlas y

tratadlas poco, a no ser en lo que concierne a la salud de las almas. Así lo haré yo tanto cuanto Dios me conceda esa gracia. Me quiero vestir nuevamente de la sangre y desprenderme de toda vestidura que no tuviere ese fin. Quiero sangre y mi alma encuentra y encontrará satisfacción en ella. Estaba equivocada cuando buscaba esa satisfacción en las criaturas. De modo que deseo estar en su compañía en el tiempo del sacrificio. Así encontraré la sangre y las criaturas, y beberé su afecto y amor en ella. En el tiempo de la guerra, experimentaré la paz; en el de la aflicción, la dulzura; en el apartamiento de las criaturas y de la ternura del padre (Raimundo) encontraré al Creador y al sumo y eterno Padre. Bañaos en la sangre y gozad, pues yo gozo a causa del santo odio a mí misma. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

PACIENCIA Y CONFIANZA EN DIOS

A la Señora Stricca.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija en Cristo el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros sierva fiel a nuestro Creador, fundada en la verdadera y santa paciencia. Pensad que de otro modo no podreis agradar a Dios. Nosotros somos peregrinos y caminantes en esta vida y corremos sin cesar a la muerte. Es preciso tener la luz de la santísima fe porque sin ella las tinieblas nos impedirán llegar a nuestro fin, a saber, las buenas y santas obras, porque los santos dicen que la fe es muerta sin las obras. Una vez que hemos creído que Dios es Dios, el alma se